

« tago puede servir de prueba , como también
 « el saqueo de las ciudades de Epiro por Paulo
 « Emilio, es un monumento de la dulzura y equi-
 « dad del senado , cuyas órdenes ejecutaba este
 « cónsul. »

Paulo Emilio, por sobrenombre Macedónico, cónsul y general romano, habiendo vencido á Perseo, rey de Macedonia, demolió setenta ciudades del Epiro, se llevó 150,000 esclavos, y dejó el país tan desierto que sus soldados no acamparon en tiendas como acostumbraban, sino que se alojaron en las casas que quedaron desiertas. El senado premió esta acción de Paulo Emilio con los honores del triunfo y la facultad de usar, durante los juegos del circo, el vestido triunfal. Llevó atado á su carro al mismo rey Perseo.

Cartago, en la tercera y última guerra púnica que duró tres años, fué tomada por Escipion el joven. Solo quedaron vivas cinco mil personas, de esta ciudad, que por tanto tiempo habia disputado á Roma el imperio del mundo. Sabida es la baja traición con que la ilustración romana se deshizo de Anibal, obligándole á tomar un veneno por la perfidia del rey Prusias.

Esto sucedió en los tiempos felices de la república romana; no fueron menores los estragos en los que la

falsa filosofía, ayudada de todas las luces y progresos de tantos siglos, dominó en la francesa. El gran Fouquier Tinville en menos de un año hizo morir 30,000 personas. Carrier quitó la vida á mas de 20,000 con aquellos barcos de su invención, en que sumergia ciento de cada vez. La humanidad se resiste á creer que la filosofía que tanto proclama la tolerancia, mientras que es menos fuerte, llegase á formar y autorizar tan sanguinarios monstruos. Júzguese si eran capaces de esta crueldad por los siguientes rasgos. Era Fouquier miembro del tribunal de los jurados por la Convención, y sin distincion de edad ni sexo, de inocencia ni delito, enviaba al cadalso toda persona que tuviese algun derecho á la estimación pública. Presentáronle un dia un tal *Gamacho*, y haciéndole observar no era el acusado aunque tenia el mismo nombre, respondió: « No importa, lo mismo es que sea « este que otro; » y le envió al suplicio. A una viuda llamada *Maillet*, traída á su tribunal en lugar de la duquesa de *Maille*, advirtiéndole él mismo la equivocación, dijo: « No es á tí á quien queriamos juzgar; « pero lo mismo es hoy que mañana. » Le presentaron dos ancianos paralíticos, imposibilitados del uso de la lengua, y el uno de ellos sordo y ciego. No respondian, y enviándolos á la muerte, contestó á los que le hacian notar la causa de su silencio: « *El sordo ha*

« *conspirado sordamente: del otro no necesitamos a la lengua sino la cabeza.* » Cuando condenaba por junto una multitud de acusados sin oírlos, decía que el tribunal *había hecho fuego por filas.*

Se ha propuesto, en la *Revista enciclopédica* de París, el premio de una medalla de oro de 300 francos, á quien *vindicare la filosofía, de las calumnias atroces que de treinta años á esta parte, no han cesado de suscitara sus implacables enemigos.* Si se trata de la filosofía verdadera, nada hay que hacer de nuevo; mas si se la considera en la acepción en que el autor impugna el abuso de sus principios: es indispensable para conseguirlo probar que los maestros de tantos errores y causadores de tantos males, no los enseñaron ni hicieron á nombre de lo que hoy se entiende generalmente por filosofía, no obraron en fuerza de sus principios, ni se formaron en su escuela. Que Rousseau, Voltaire, d'Alembert, Diderot, la Villette sobrino político del patriarca de Ferney y ejecutor de sus planes en la Convención, con los demás colegas no fueron filósofos. Hecho esto, aun no ha probado bastante, si no destruye, no ya los libros que los acusan y la memoria de las víctimas inmoladas, sino además sus mismos escritos y doctrinas.

Hablen ellos mismos. Rousseau en su *Emilio*, después de haber quitado á su discípulo el escudo de la

Religion, único capaz de defenderle de las saetas inflamadas de las pasiones en la adolescencia, como si temiese no alcanzar á pervertirla, para despertar con mas certeza la curiosidad especialmente del sexo débil pero fogoso y ligero, poniendo en sus manos descripciones ardientes y licenciosas dice, que *la jóven que las leyere será ya una muger perdida; ó al menos lo será ciertamente cuando las haya leído.* — Voltaire escribía á Chauvelin en dos de marzo de 1764: *La luz se derrama de tal modo de unos en otros que brillará en la primera ocasion... De aquí á veinte años,* escribía á su amigo d'Alembert, *Dios perdió su juego.* — ¡Qué no debe esperar el siglo que ha de seguir al nuestro! escribía Federico á su amigo Voltaire; la segur está á la raíz del árbol... los filósofos se levantan contra los abusos de una *superstición reverenciada.* — Este edificio va á hundirse; y las naciones escribirán en sus anales, que Voltaire fué el promotor de esta revolución. El sofista rey vió tambien á Voltaire colmado, saciado de gloria y vencedor del *infame* (esta era la contraseña para distinguir á Jesucristo nuestro Dios y Señor) montar al Olimpo sostenido por los genios de Lucrecio.

« Si fuese posible, » decía Luis de Wurtemberg, el segundo de los tres hermanos que fueron duques de Wurtemberg, escribiendo al sabio y virtuoso abate

Pey, « que yo dudase de la unidad divina de la Religión católica, se me disiparía toda duda, solo con acordarme de la profunda maldad, que he conocido personalmente, hallándome en París, en los gefes del filosofismo ligados para destruirla. » El lord Walpole encargado de negocios en la corte de Francia por Inglaterra, escribía en 28 de octubre de 1795 al feld-mariscal Conway: « Hablaros de los filósofos y de sus sentimientos, sin duda que os parecerá un pliego político de una materia desusada. Pero ¿sabeis por ventura lo que quiere decir esta palabra? Lo primero que aquí significa es casi todo el mundo: en segundo lugar, unos hombres que con el pretexto de la guerra que hacen al catolicismo, se dirigen unos á la subversion de toda religion, otros, y este es el mayor número, á la destruccion del gobierno monárquico. »

Si se duda aun del influjo de estos corruptores de la moral pública por sus doctrinas y ejemplos en los desórdenes, males y errores que affigieron la Francia, y amenazaron trastornar todas las ideas de religion y autoridad, en todas las naciones y en toda forma de gobierno, consideremos la teoría aplicada á la práctica.

Cárlos La Villette, casado con la sobrina de Voltaire, ciego adorador de este mas que discípulo, y miembro de la Convencion, reclamó la proteccion de las leyes

á favor de las jóvenes que se prostituyesen, pidiendo premios para ellas¹. Propuso no solo el divorcio, sino la independencía de la muger al marido, y que toda viuda y soltera en estado de mayoría que tuviese las condiciones necesarias en el varon para ser ciudadano, fuese admitida á votar y resolver en las asambleas primarias. Pidió se alejase de los enfermos en sus últimos instantes los consuelos y auxilios de la Religion, achacando á esta y sus ministros la causa de la muerte de muchos, y diciendo que la extrema Uncion es un aceite funesto y dañoso, porque enfria el cuerpo, débil ya, del moribundo².

Si alguno hay tan obstinado que afecte dudar que Cárlos La Villette recibiese estas lecciones en la escuela de la filosofía, hable él mismo. « Los gefes celestes é invisibles que dirigen entre nosotros la marcha de los acontecimientos son la justicia, la razon y la santa igualdad. He aquí nuestros guias, nuestros dogmas y nuestros dioses. Los autores filósofos han sido los misioneros. Voltaire es en casi todas sus páginas un verdadero demagogo... si ha acariciado á los reyes y á los grandes, lo ha hecho porque necesitaba de su apoyo contra el odio de los fanáticos, hipócritas y tontos,

¹ *Lettres choisies de Charles La Villette*, p. 40, 41 y 46.

² *Ibid.* p. 89.

« para echar mas fácilmente por tierra y con mas seguridad los charlatanes de la Iglesia y toga; etc. »

Por instigacion de La Villette se verificó la sacrilega procesion de los restos impuros del apóstol de la impiedad, cuya descripcion forma ², diciendo que su apoteosis era el hombre á la *imagen de Dios*. « Los escritos voluminosos de este filósofo, » añade ³, » son « ya una nube misteriosa, ya la columna de fuego que nos han conducido entre las preocupaciones innumerables que embarazaban los progresos del espíritu humano. La Francia no contaba ⁴ mas de cuarenta filósofos; lo demas todo era credulidad ó engaño; « Voltaire escribe, y la luz se derrama en todas las almas. Nuestra gloriosa revolucion es el fruto de sus obras ⁵. Reinaria aun el fanatismo en el seno de la capital, si él no hubiera formado filósofos. Filósofos son los que han dado los decretos, filósofos son los que los han propagado y defienden. » Finalmente celebra la destruccion total del Cristianismo, apoyándose en el cálculo de un tal Craig, y diciendo que para el año de 3405 no habrá motivos razonables para creer en él.

¹ *Lettres choisies de Charles La Villette*, p. 126.

² *Ibid.* p. 174.

³ *Ibid.* p. 176.

⁴ *Ibid.* p. 184.

⁵ *Ibid.* p. 64.

Cita despues á Pedro Peterson que resuelve el problema asegurando que para el año de 1789 (escribia esto la Villette en 1791.) la Religion dejaria de ser creible¹.

La Croix que sobrevivió á la revolucion y fué testigo de ella, empeñado en su tratado sobre la educacion en formar la apologia del sistema filosófico, confiesa á mas no poder los estragos que hizo; y tributa homenaje á la heregia, maestra y precursora de la impiedad, con estas palabras: « Si los reformadores de la Iglesia en el siglo XVI, por lasturbaciones que engendraron sus opiniones han causado grandes males, la independencia que han hecho brotar en los espíritus ha tenido tambien efectos felices², » y cita el capít. 13 de la Decadencia del Imperio romano, por Gibbon, y las obras premiadas por el Instituto, en cuya cabeza debe colocarse el Ensayo sobre el espíritu é influjo de la reforma de Lutero por Cárlos Willers.

La civilizacion pues no ha alcanzado, ayudada de las ciencias á suavizar las doctrinas filosóficas, que aplicadas al régimen social, luego que excluyen la Religion, causan los mismos males en todos tiempos, y

¹ *Lettres choisies de Charles La Villette*. p. 255.

² *Essai sur l'Enseignement en général*, par S. F. La Croix, pág. 43.

bajo cualquier forma de gobierno. Lo que se vió prácticamente en los tiempos felices de las repúblicas griega y romana, y en nuestros días de la francesa. Jamas se puede perder de vista á los Romanos en estas materias, como decia Montesquieu; sus instituciones se sostuvieron por tan largo tiempo cuanto el pueblo romano fué el mas religioso de todos los pueblos. Las dos pasiones que con mas imperio obran en el corazon del hombre son el interes y la esperanza. La Religion gira sobre estos dos ejes. Curcio no se habria arrojado á un abismo para salvar su pátria, si no hubiera mirado su generoso sacrificio como un medio indudable de colocar su alma entre los genios inmortales, en una morada feliz, desde la cual seria testigo de la gloria de sus hijos.

NOTA X (pág. 177). — « El pueblo excluyó del número de los ciudadanos á los bastardos. »

Pericles condenó cinco mil bastardos á ser vendidos como esclavos.

M. Fievée, en una carta dirigida al Ministro Secretario del interior en 24 de febrero 1815, siendo pre-

fecto del departamento de Nievre, se lamentaba de la infeliz suerte de estos desgraciados, diciendo se multiplicaban los expósitos en términos que faltaban ya los recursos, que los niños bastardos corrian por las calles enteramente desnudos, se multiplicaban los procesos, etc. ¹.

NOTA XI (pág. 179). — « Estos infelices, á quienes se escaseaban hasta los alimentos mas groseros, fuera del tiempo del trabajo, vivian encadenados en el campo, en una especie de subterráneos infectos, donde apenas penetraba el aire. »

No eran mas humanos los Griegos. Las leyes de Licurgo autorizaban á los amos para tratar inhumanamente á los Ilotas, nombre que daban á sus esclavos. Los Lacedemonios, temiendo que multiplicándose esta raza llegase á hacerse temible, hacian morir á muchos, ó los oprimian con trabajos enormes. Muchas veces para que sus hijos no se aficionasen al vino, embriagaban á los Ilotas, y en esta disposicion los trataban indignamente. Tucídides refiere de los Lacedemonios

¹ *Correspond. polit. et administr.*, part. II, pág. 30.

este rasgo de la perfidia mas detestable. Temerosos de que la guerra del Peloponeso diese ocasion á que se rebelasen los esclavos, publicaron concederian la libertad á los que se mostrasen mas valerosos contra los enemigos. Su intencion era descubrir por este medio los mas esforzados, y deshacerse de ellos como mas peligrosos. Separaron dos mil, los llevaron de templo en templo, para dar gracias á los dioses por la libertad obtenida, y despues les quitaron la vida. Habia en Atenas veinte y un mil ciudadanos y cuatrocientos mil esclavos; de modo que correspondian á veinte por ciudadano¹. Tito Minucio, caballero romano tenia cuatrocientos²: un cierto Cecilio cuatro mil³. Por consiguiente la filosofia veia como muy natural que la vigésima parte de los hombres esclavizase el resto.

El erudito P. Marquez en su *Gobernador cristiano*, describe así el tratamiento de los esclavos por los gentiles⁴: «Fué tiránisimo y contra toda razon y órden de naturaleza; porque no se puede tomar en la boca los vergonzosos y deshonestos tratamientos que los antiguos hacian á sus esclavos... y en cuanto á las cruel-

¹ ATENEO, lib. VI, cap. XX.

² SENECA. *De Tranqui*, cap. VIII.

³ PLINIO, lib. XXXIII, cap. X.

⁴ *Epist.* VII, lib. I, *Epist.* XCV, lib. XV.

dades que se usaban con ellos, no está escrita la milésima parte; y los historiadores no hablan de ellas, sino donde les fuerza la ocasion; ni tenemos historias sino de las gentes mas dulces y blandas de corazon que ha habido en el mundo. Y con todo, (como dice Columela, lib. 1^o) les hacian labrar la tierra, encadenados, como se hace en Berbería, dormir en los mas profundos fosos, retirándoles las escaleras, como se usa en todo el Oriente, con temor de que huyesen de las mazmorras, ó pusiesen fuego á las casas, ó matasen á sus amos. Quebrar un vidrio les costaba la vida, como consta del esclavo de Vedio Polion, que por ello dice Dion fué echado en el estanque de las murenas, sin que le pudiese valer Augusto César, que comia convidado á la mesa.... Tertuliano dice, hacia esto Vedio, porque siquiera de segundo lance le viniese á parar la sangre de los esclavos en el plato.» (*Lib. de Pal.* c. 5.)

El Cristianismo desde su cuna elevó al esclavo á la clase de hermano, y mandó tratarle como tal por boca de S. Pablo. No, decia el apóstol recomendando á Filemon su esclavo Onésimo, no le trates ya como á siervo, sino como á un hermano que lo es tuyo en la carne y por Jesucristo.

Séneca se lamentaba de que la vida del hombre, que debia ser sagrada para el hombre le sirviese de diversion: *Homo sacra res homini jam per lusum et jocum*

*occiditur*¹. Compárese este sublime esfuerzo de la filología pagana con la sencillez amorosa de la doctrina cristiana. « Dos leyes de Jesucristo, » dice Bergier, « llenan la energía de la sentencia del filósofo. *Bautizad todas las naciones... comed mi carne y bebed mi sangre*. En virtud de estas palabras, el hombre el igual en dignidad á cualquier otro hombre; se sienta á la misma mesa con aquel que pretendía dominarle. Entre vosotros, dice S. Pablo, ya no habrá distincion entre el extranjero y el ciudadano, entre el señor y el esclavo, el sexo débil y el fuerte, todos componeis uno solo en Jesucristo. (*Ad Galat. III, 28.*) ¿Instruido el fiel con estas leyes y sus consecuencias, atentará á la libertad de su hermano, ó se recreará con el espectáculo de su muerte?² »

El Cristianismo despojaba á los amos del poder absoluto é ilimitado que usaban sobre la vida, costumbres y aun sobre las facultades naturales de sus esclavos. Por el bautismo recobraban estos los derechos de la humanidad, porque les reducía á una obediencia justa y racional, y les autorizaba para tratar con sus amos como hermanos; como consta por las cartas de

¹ *Epist. VII, lib. I. Epist. XCV, lib. XV.*

² BERGIER. *Traité de la vraie Religion*, tom. X, pág. 531.

S. Pablo. Las leyes de Constantino son una prueba de la revolucion que obró el Cristianismo, en las ideas que eran comunes entonces, acerca de esta importante materia. Los filósofos se lo han acriminado como un atentado contra el derecho público¹; y esto, echando en cara á la Religion cristiana al mismo tiempo que no ha hecho nada por la abolicion de la esclavitud. Esta sola contradiccion deberia cubrirlos de confusion.

Las nociones de justicia y humanidad que hizo nacer el Evangelio entre los hombres, les dieron la primera idea del derecho de gentes; los filósofos nunca la tuvieron. Se supo entonces que la guerra tiene por objeto defenderse y no atacar, conservar y no destruir; que el soldado es un protector y no un asesino; que un pueblo que consiente en obedecer y conservarse en paz dejó de ser enemigo. Desde aquella época no se oye hablar, si no es en la irrupcion de los bárbaros, de las horribles devastaciones que hacen estremecer á quien leyere su historia. Perdieron las guardias pretorianas el privilegio de asesinar al emperador, de vender el imperio, de saquear las provincias; se esta-

¹ *Tableau des SS, part. II, cap. VII, pág. 96. De la Félic. publ., secc. II. cap. IV, pág. 200. Hist. des établ. des Europ. dans les Indes, tom. I, lib. 1, pág. 4.*

blecieron los derechos de sucesion y no se vió mas ensangrentado el trono.

NOTA XII (pág. 185). — « De aquí los monstruos de atrocidad y de libertinage; de aquí los juegos del circo y las submersiones de Nantes. »

Carrier, diputado de la Convencion, anunció su llegada á Nantes en 8 de octubre de 1793 con esta humanísima proclama: « Vengo á hacer un cementerio de esta parte de la Francia mas bien que á re-generarla. » Para verificarlo inventó aquellos barcos que sumergiéndose en el Loira, ahogaban cien personas de una vez. Realzando la atrocidad con bufonadas insultantes, llamaba casamientos republicanos la union de un hombre con una muger que, atados fuertemente, hacia arrojar en el rio. No perdonó ancianos ni niños de diez ú doce años; sacerdotes, ricos, todo lo que presentaba un carácter de probidad ó virtud fué inmolado. « Pueblo, » gritaba, « toma tu maza para acabar con los hombres opulentos, empuña el sable para sepultarle en el corazon de los sacerdotes,

BERGIER. *Traité de la vraie Religion*, tom. XI, pág. 429.

« los nobles y los ricos. » Este y Fouquier perecieron como sus víctimas, pero no tan cruel é injustamente,

NOTA XIII (pág. 185). — Deuda fatal que con mucha frecuencia se cierra sobre el cadalso ú con el suicidio. »

La filosofia que tanto aparenta elevar al hombre, desprendiéndole de toda autoridad, acaba por hacerle menospreciable á los otros y á sí mismo. Rousseau que formó la apología del suicidio, acabó poniendo en práctica sus lecciones, segun algunos; y sus principios tan extendidos en Francia, producen diariamente iguales frutos. En el año de 1819 se verificaron solo en Paris 376 suicidios y en el de 1818 fueron 330.

NOTA XIV (pág. 187). — « Y esta es la razon oculta de la preferencia que la filosofia da en su aprecio á las ciencias físicas sobre las morales. »

La Croix defendiendo como puede la causa del filo-

sofismo, en el discurso preliminar de la citada obra (*Essai sur l'enseignement*), y disculpando los males que causó en la revolución francesa, recuerda las causas gravísimas que merecieron á las letras la protección del gobierno. « Muy pronto, » dice, « obligados á sacar de nuestro propio suelo casi todos los géneros de provisiones para ejércitos numerosos, llamamos á nuestro socorro la química para convertir en salitre, á la tierra de nuestras habitaciones y las ruinas de los edificios, y para preparar el acero necesario en nuestros talleres de armas; estos servicios que sería prolijo referir por menor, » (sin duda los citados serían los mas importantes, á no ser que entre los omitidos, cuente la invención de la guillotina y los barcos de Nantes) « defendieron tan elocuentemente la causa de las ciencias, que la Convención nacional pensó en reorganizar la enseñanza. » ¡Qué apología! ¡Qué gobierno! obra aquella y este de la filosofía. Para que piense la Convención en que es útil la educación, es necesario convencerla de que puede contribuir á destruir hombres, defendiendo el gobierno de los mayores enemigos de la humanidad que jamás se conocieron. ¿En el siglo de Luis XIV, se defendía así en Francia la causa de las ciencias? ¿Los sublimes conocimientos, que tanto hablan á su favor por boca de La Croix, eran desconocidos hasta enton-

ces, ó no habían llegado á noticia de aquellos antropófagos?

NOTA XV (pág. 188).— « Los pueblos no se conservan ni reaniman sino por las creencias. »

Esta es la opinion tambien del hábil publicista Fievée: « Si no hay doctrinas públicas en el Estado, cada uno profesa las opiniones que encuentra mas á su gusto; pero ¡ infelices los Estados en que todas las opiniones son libres! Las naciones se hacen mas fuertes por las doctrinas que con sus ejércitos: si esta verdad es irrecusable, toda opinion que se dirija á trastornarlas, á destruir las doctrinas del Estado, es el mayor crimen político...

« Nuestras opiniones son lo que hay mas vivo en nosotros, porque son hijas del orgullo tan natural al espíritu humano; obramos mas por ellas que por nuestros propios intereses; nos conducen sin que lo advirtamos, y nos deciden aun antes que hayamos tenido tiempo para reflexionar. Diciendo que el hombre no es fuerte sino por lo que cree, no se hace mas que expresar en otros términos esta verdad del Evangelio tan aplicable á la política como á la Re-

« ligion : Solo la fe puede salvarnos¹. » Este hábil político confirma prácticamente sus principios, observando que solo en tres ocasiones tuvo á su favor Bonaparte el consentimiento y aprobacion de todos los Franceses : en su primer concórdato, en su consagracion por el Papa y en su casamiento con la archiduquesa de Austria, porque en estos tres actos se creyó ver la destruccion de los agentes y de los principios revolucionarios.

NOTA XVI (pág. 491). — « Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la Religion, resuenan todavia en este instante en las playas de América, y hasta en el fondo de sus inmensos bosques ensangrentados. Si; han sido castigados los hombres, ni aun el orgullo se atreverá á negarlo: han sido castigados, como nunca lo han sido hombres; ¿pero se han enmendado?»

No exagera el autor, de cuyos tristes temores, por los efectos de las malas doctrinas, participa Fievée en este pasage. Oigámosle y demos gracias al Señor que

¹ *Correspond. polit. et administ. commencée en mai 1814.* part. I, p. 34.

por la unidad santa de nuestra creencia católica, declarada, defendida y afianzada por la sabia Constitucion que hemos jurado, si la observamos, estaremos á cubierto de errores que tan altamente provocaron y trajeron sobre aquella nacion la cólera de Dios, tanto mas riguroso en sus castigos cuanto mas sufrido en su paciencia. No sean inútiles nuestras observaciones; saquemos provecho de ellas. *Fæminis lugere honestum est, viris meminisse*, dice Tácito.

« Esta es una de las cosas que mas me contristan para lo futuro; porque todos los pueblos y todos los siglos están acordes en que la divina justicia no puede desarmarse sino con el arrepentimiento; y lejos de arrepentirse nadie en Francia, ni aun se quiere confesar que hemos cometido el menor yerro. Sin embargo, ¿es posible que hayamos amontonado tantos delitos y extravíos, unos sobre otros, conservando todos y cada uno toda nuestra inocencia?»

« No fué ciertamente Luis XV, quien protegió los escritores filósofos, que echaron por tierra las antiguas doctrinas del Estado con aplauso de todas las clases de la sociedad, y que prepararon tan bien nuestros males, que es imposible citar un solo hecho de los mas odiosos de aquella época, cuyo consejo y excusa no se halle en los libros del siglo XVIII. No fueron los parlamentos encargados de la alta po-

« licia del Estado los que protegieron los escritores
 « precursores de la desgracia; y sin embargo el afan
 « por estos libros detestables y fastidiosos para quien
 « tenga buen sentido, ha hecho cejar la autoridad.
 « Sin institucion, sin doctrinas, aislados y no forman-
 « do ya nacion, abandonados de un todo á la Conven-
 « cion, ¿reconocimos la justicia divina que nos per-
 « seguía? ¿Y cuando esta se suspendió un instante
 « como para examinar nuestras disposiciones, corri-
 « mos al templo á implorar la clemencia de Dios?
 « ¿Manifestamos el menor arrepentimiento? No; solo
 « hicimos ver el pesar que nos causaba vernos privados
 « de ciertos deleites frívolos; y en los espectáculos,
 « en los bailes que llamaban *de las víctimas*, porque
 « era moda presentarse en ellos con el cabello cortado
 « como lo llevaban los que morian en el cadalso, en
 « reuniones consagradas á los deleites, es donde,
 « se pretendió reconstituirmos en nacion, acusando á
 « nuestros verdugos, y sin ocurrirnos siquiera que
 « nuestra ligereza, que carece de ejemplo en las his-
 « torias, debia enardecer á otros nuevos verdugos.
 « Así no nos faltaron desde esta época¹. »

NOTA XVII (pág. 196). — « Cuando un pue-

¹ *Correspond. polit. et administ.*, par M. Fiévée. part. III, pag. 53 y 54.

« blo no cree ya cosa alguna, su culto es una
 « declaracion pública del ateísmo ú de la incre-
 « duldad. »

El autor de los *Derechos y Deberes del Ciudadano* cae, á mi sentir, en este extremo peligroso, cuando confundiendo en realidad todas las religiones, aunque aparentando distinguir la verdadera revelacion, deja en último recurso, por juez único y privativo de los misterios y la moral, la razon en cada miembro del Estado¹. Porque si este exámen compete á todos y cada uno; si la voluntad de cada individuo que tiene distinta razon, educacion y luces, que ve de distinto modo, que dejándose dominar de las pasiones ni ann quiere oir la verdad, se decide á desconocer y despreciar todo culto y creencia, ¿cuál será el fundamento del culto y la moral? ¿y qué juzgaria la razon, aun cuando no la ofuscasen las pasiones, de una moral de la cual dice el autor: « La moral de los eclesiásticos está « casi reducida á algunas prácticas de mortificacion, « supersticiosas, monacales, y propias para hacer á « los hombres esclavos, tristes, groseros y sufridos? » La refutacion de esta miserable calumnia está escrita

¹ *Tratado de los derechos y deberes del ciudadano*, p. 129.

² *Ibid.* pág. 167.